

Agenda feminista global. ¿A qué responde y qué retos plantea la agenda feminista global?

Júlia Martí Comas (FeministAlde)

Introducción

El feminismo se encuentra en un momento de auge a escala internacional tanto en el plano teórico como organizativo; la última oleada de movilizaciones a raíz de la convocatoria de la huelga internacional del 8 de marzo ha sido un claro ejemplo. En este contexto, el feminismo gana protagonismo y se sitúa en una posición clave a la hora de plantear alternativas frente al retroceso democrático y de derechos.

Desde FeministAlde!, como parte del movimiento feminista de Bilbao, Euskal Herria y el Estado, creemos que es prioritario hacer una profunda reflexión sobre los desafíos globales y las estrategias comunes. Repensar las estrategias y las alianzas, en un momento de avance de la contraofensiva conservadora y neoliberal, aterrizando el debate en la práctica feminista.

Uno de los principales desafíos, en este contexto, es seguir pensando cómo ampliar y fortalecer un sujeto feminista múltiple y diverso, así como avanzar en nuevas formas de organización de un internacionalismo feminista; para seguir construyendo un movimiento feminista fuerte y en constante redefinición.

Retroceso de derechos y avance de la extrema derecha

1. ¿De dónde surgen?

En primer lugar, tenemos que entender el auge de la extrema derecha en un contexto de crisis del sistema capitalista. Se trata de una crisis económica, por el estancamiento del crecimiento y la financiarización; pero también ecológica, debido a que el agotamiento de recursos y el cambio climático ponen en riesgo la reproducción capitalista. En este contexto, el capitalismo necesita reconfigurarse, buscar salidas a la crisis de legitimidad de las democracias liberales, seguir profundizando el extractivismo, y endurecer el control autoritario sobre la población. Y dos dimensiones clave de esta reconfiguración capitalista son la dimensión heteropatriarcal y la dimensión racista.

Podemos decir que, en este contexto, la alianza entre el capitalismo y el heteropatriarcado se profundiza tanto de forma evidente como encubierta. Ya que, como veremos, las amenazas patriarcales vienen tanto de las nuevas derechas declaradamente machistas, como del neoliberalismo que busca legitimarse con discursos feministas mientras sigue negando derechos y explotando a mujeres. Además, esta alianza también explica cómo puede ser que figuras como Le Pen utilicen discursos feministas para legitimar su proyecto xenófobo y racista. En un intento de utilizar las luchas de las mujeres para legitimar la islamofobia.

Por otra parte, el carácter profundamente racista y colonial del sistema capitalista sale a la luz de la forma más cruda. Desde hace años, y sin necesidad de grandes discursos racistas, la Unión Europea, con sus políticas de cierre de fronteras, ha dejado en papel mojado los derechos humanos. Ya no se trata de una desregulación de derechos, sino que podemos hablar de una nueva reconfiguración en la que lo que está en disputa es quienes son titulares de esos derechos.

Estas medidas, defendidas tanto por social liberales como por neoliberales, han quedado cortas frente al auge de políticos como Trump, Salvini, Le Pen, Abascal... con un discurso netamente racista y xenófobo. Que, como advierten desde hace tiempo las ecologistas con el concepto de “ecofascismo”, asumen que la solución a los límites del crecimiento no pasa por la redistribución y transformación, sino por la expulsión de las que sobran. Por tanto, los discursos más “moderados” de la Comisión Europea y las exaltaciones de Trump o Salvini van en la misma dirección: reforzar el autoritarismo y la militarización y anular derechos.

2. ¿Porque tienen a las mujeres y disidentes sexuales en el punto de mira?

En primer lugar, como decíamos, una dimensión clave de la reconfiguración capitalista es la patriarcal. Esta reconfiguración se juega en dos planos, en el plano socioeconómico, el rol de las mujeres en la división sexual del trabajo sigue siendo imprescindible para reproducir el sistema capitalista y cualquier derecho que socave la familia patriarcal es una amenaza para este modelo. Sigue siendo necesario que cuidemos de forma gratuita y que criemos mano de obra, como nos recordaba Casado hace pocos días. Por otra parte, el capital no se puede permitir que avancemos en igualdad, porque su rentabilidad depende de que ocupemos los empleos más precarios del mercado laboral.

El segundo plano de la reconfiguración capitalista y patriarcal es el disciplinamiento. En un contexto de crisis y pérdida de legitimidad, el sistema necesita reforzar los mecanismos de disciplinamiento, y esto se consigue a través de un mayor autoritarismo y criminalización, pero también a través del miedo y la estigmatización de todas aquellas personas incómodas para el sistema.

Ejemplo de ello es la persecución de las mujeres defensoras de derechos humanos y del medio ambiente, con el asesinato de Berta Cáceres como uno de los ejemplos más visibles; pero con numerosos casos parecidos. Sin ir tan lejos, el ejemplo de Helena Maleno, juzgada en Marruecos por ayudar a las personas que intentan cruzar el estrecho.

En su versión más cruda, los feminicidios sirven, igual que en los orígenes del capitalismo, como mecanismos de disciplinamiento y control de las mujeres. Ya sea en el ámbito privado como en el ámbito público; como han demostrado los feminicidios de las trabajadoras de las maquilas en México, o la

“espectacularización” de las desapariciones y asesinatos de mujeres por parte de los medios de comunicación.

Además del miedo y la revictimización de las mujeres que generan estos fenómenos, también podemos decir que la normalización de la violencia contra las mujeres, se suma a la normalización de la violencia contra las personas migrantes y racializadas; en un proceso que contribuye a consolidar y legitimar la idea de que hay cuerpos y vidas desechables, que valen menos. Es decir que se trata de un elemento más de la necropolítica, la política de muerte que se expande por todo el mundo.

Por último, podemos decir que el rearme patriarcal y racista está respondiendo, de forma clara, a la fuerza de desestabilización del feminismo. Respondiendo tanto a la capacidad de movilización y subversión del movimiento feminista, como al avance de derechos y a la desestabilización de algunas estructuras patriarcales. En este sentido, podemos ver como, en parte, el auge de los discursos y partidos machistas que se oponen a lo que llaman “la ideología de género”; se explica por una crisis de la “masculinidad” vinculada a la crisis económica y a la inestabilidad. Como afirma Federici, en el siglo XVI se convirtió a las mujeres en bienes comunes, como sustituto de las tierras perdidas; hoy el cuerpo de las mujeres es sustituto del empleo y la posición social perdida por los hombres.

3. ¿Qué retos plantea para el feminismo?

El avance de la extrema derecha ha sido utilizado, tanto para culpabilizar a las mujeres, como en Brasil donde se argumentó que el movimiento #EleNão favoreció el triunfo de Bolsonaro; como para dejar en sus manos toda responsabilidad de contraataque. Frente a estas posiciones consideramos que el movimiento feminista tendrá que ser una pieza más, junto a otros movimientos, de la transformación necesaria para frenar el avance de la extrema derecha en el mundo. El machismo no es nuevo, lo combatimos desde hace siglos, y las ofensivas como la actual demuestran que el feminismo sigue siendo imprescindible.

Los movimientos de mujeres han tomado el protagonismo en las resistencias contra la extrema derecha, porque son uno de los colectivos más afectados por su avance. Pero esto no significa que podamos dejar solo en manos del movimiento feminista, la búsqueda de soluciones; sino que plantea el reto de fortalecer las alianzas y articulaciones.

Feminismo antisistémico

Últimamente vuelve a haber voces que pretenden recuperar viejos ataques como que el feminismo es burgués, una idea defendida por la izquierda masculina, que decía que el feminismo rompe la unidad de clase en favor de los pactos interclasistas entre mujeres. Aunque el único pacto interclasista de la historia es el de los varones de clase obrera con los patronos acordando el salario familiar que sacó a las mujeres de las fábricas recluyéndolas en el

hogar para encargarse de atenderlos a ellos y a su prole a cambio de manutención.

Estas críticas, tan extendidas contra el feminismo, pero que en cambio nunca se plantean contra otros movimientos como el ecologista, no dejan de ser ataques o caricaturizaciones machistas. Es cierto que el feminismo ha sido abanderado muchas veces por mujeres y partidos sin ninguna perspectiva de clase; y más ahora que el protagonismo conseguido gracias a las movilizaciones ha llevado a que hasta “Botín” se declare feminista. ¿Pero esto significa que el movimiento feminista es burgués? ¿Que las mujeres de clase obrera que han formado y forman parte del movimiento no tienen ningún peso?

Más allá de estas críticas, lo que nos debería preocupar es cómo seguir fortaleciendo un movimiento feminista antisistémico, que vaya a la raíz de los problemas, en articulación con otras agendas. Un movimiento que afronte la disputa entre un feminismo centrado en la “igualdad de oportunidades” dentro del sistema neoliberal, y un feminismo interseccional o del 99% (como lo han denominado algunas autoras estadounidenses) que busque transformar las estructuras donde se asienta el patriarcado.

Como explica Nancy Fraser, en las últimas décadas se instauró un neoliberalismo progresista que, con la excusa de reconocer la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres y avanzar en derechos sexuales y reproductivos, profundizó el avance del neoliberalismo. Es decir la desregulación económica y el retroceso de derechos sociales y económicos. Las consecuencias han sido nefastas, debido a la crisis económica y financiera, y a la frustración con las “izquierdas neoliberales”. El sentimiento de “falta de alternativas” y el desencanto con las izquierdas tradicionales, lleva a una ofensiva contra todo aquello que se vinculó a este neoliberalismo progresista, incluido el feminismo.

Es por ello que se hace urgente seguir planteando un feminismo antististémico, que vaya a la raíz de las desigualdades, tanto económicas como culturales o raciales. Un feminismo que plantee alternativas basadas en la interseccionalidad, el internacionalismo, el anticapitalismo y el ecologismo. Y que construya tanto desde lo simbólico como desde las prácticas cotidianas resistencias y alternativas a la precarización de la vida.

Un ejemplo de ello es la convocatoria de la huelga feminista. Como el movimiento feminista ha conseguido resignificar la huelga como herramienta de lucha que ahora trasciende el ámbito laboral, pero que al mismo tiempo es capaz de unir las demandas por la vida, contra la violencia machista y la justicia patriarcal; con las demandas por una reorganización de los cuidados y el fin de la explotación de las mujeres, en especial migrantes. Además de tener un carácter netamente anticapitalista, bajo la idea de que la única forma de acabar con la explotación patriarcal será acabar con un sistema capitalista para el que las desigualdades son absolutamente rentables y necesarias.

La organización de la huelga está siendo, además, un ejemplo genial de práctica feminista. Ya no se trata solo de teorizar sobre los cuidados o la

intereccionalidad. Sino que en la propia convocatoria de la huelga está apareciendo el debate sobre los sujetos y los privilegios; al mismo tiempo que se pone a debate qué entendemos por trabajo, qué pasa si dejamos de cuidar, qué papel queremos que jueguen los hombres... y se empieza a debatir cómo pasar de la autodefensa feminista al apoyo mutuo y las cajas de resistencia, etc. Poniendo en práctica, de esta forma, la perspectiva interseccional, reconociendo y visibilizando que estamos atravesadas por desigualdades y precariedades que nos sitúan en lugares muy diversos frente al heteropatriarcado, el racismo, el trabajo asalariado y los cuidados.

Por otra parte, otro elemento clave del movimiento feminista es su autonomía respecto a instituciones y partidos, y las estrategias de confrontación. Momentos de mayor protagonismo y aceptación del feminismo, no nos deben llevar a pensar que ya está todo conseguido. De nada nos sirven los discursos, las fotos y las declaraciones de buenas intenciones, si en la práctica no hay un compromiso real para priorizar las políticas feministas. Algunos elementos preocupantes son la escasa interlocución con colectivos autónomos feministas y la ausencia de medidas vinculantes para garantizar el cumplimiento de los diferentes instrumentos jurídicos, entre otras.

Por ello es importante mantener una agenda de confrontación y exigencia frente a las instituciones: con demandas claras como son las casas de las mujeres, o los presupuestos suficientes para las políticas de igualdad, en especial para hacer frente a la violencia machista; y otras medidas obvias como el apoyo al alarde igualitario.

Fortalecer un sujeto feminista múltiple y diverso

A pesar de las críticas, el feminismo lleva en su ADN la búsqueda de un sujeto político inclusivo y plural. Así como un sujeto inacabado, en constante redefinición. Es precisamente el actuar colectivamente lo que ha abierto espacios a la expresión de nuevas subjetividades y a nuevos horizontes emancipatorios.

Nuestro movimiento es mucho menos diverso de lo que nos gustaría y mucho más de lo que muchas veces se reconoce

Algunas críticas pueden contribuir a invisibilizar a un montón de compañeras, mujeres racializadas que son parte del MF desde siempre, a las empleadas de hogar, a las kellys, a las jóvenes precarias, etc,

Esta pluralidad nos obliga a seguir debatiendo sobre cómo superar las contradicciones y trabajar internamente las incomodidades. Algo que pasa, en primer lugar por ser conscientes de nuestros privilegios.

Por otra parte, en el debate sobre quién es el sujeto feminista, se trata de seguir construyendo una apuesta colectiva sobre cómo y quiénes articulamos la contestación y propuesta, a las múltiples desigualdades, injusticias y situaciones de subordinación. Intentando buscar elementos de identificación

colectiva que nos den la oportunidad de que emerjan sujetos colectivos y cambiantes, necesarios para un movimiento feminista fuerte.

Porque el capitalismo, el patriarcado y el racismo lo tienen muy claro. Guerra contra pobres y entre pobres. Guerra contra las mujeres y entre mujeres. Por ello es importante subvertir estos mandatos y generar otros tipos de alianzas.

Como afirma Gago, superar las contradicciones y conseguir generar alianzas, es produciendo proximidad entre luchas muy distintas: entre luchas migrantes; de las trabajadoras; compañeras que están en los sindicatos; en las universidades; en las escuelas secundarias, en los barrios... Y superando una idea de solidaridad desde la "exterioridad", de solidaridad con las "otras", planteando los conflictos comunes.

Hacia un nuevo internacionalismo feminista

La huelga feminista del pasado 8 de marzo fue una de las primeras huelgas transnacionales; una movilización que fue el resultado de un proceso de acumulación feminista, que venía de las movilizaciones de las compañeras argentinas e italianas con el grito #NiUnaMenos, de la lucha de las mujeres polacas por el derecho al aborto y de la Women's March contra la misoginia y el autoritarismo de Trump; y que ahora se suma a la ola de movilizaciones por el derecho al aborto y contra la violencia machista que recorre América Latina; así como al auge del movimiento de mujeres en países como Brasil a raíz de la candidatura de Bolsonaro.

Se ha abierto, por tanto, una nueva fase de articulación feminista global. Se trata de un paso más en la apuesta internacionalista del movimiento feminista, que desde las sufragistas hasta el feminismo de los años 70 y más recientemente la Marcha Mundial, siempre ha tenido un importante carácter internacionalista. Se abre la posibilidad, por fin, de una huelga que supere fronteras y que mire más allá de los marcos estatales. Una mirada global imprescindible, si queremos enfrentar el marco de competencia entre pueblos que nos impone el capitalismo. Frente a unas empresas transnacionales que operan con facilidad en una lógica global-local, no podemos seguir pretendiendo defender nuestros derechos solamente desde lo local, siempre amenazadas con la deslocalización, con la falta de competitividad o con la mercantilización de todo lo rentable para el capital.

El desafío consiste en dar cuerpo a esta fuerza, extender las alianzas y buscar formas de profundizar la solidaridad internacional. Dando forma a un nuevo internacionalismo feminista que, sin las burocracias y eurocentrismos de otras épocas, sea capaz de articular las luchas feministas a nivel global, para fortalecerlas y, sobre todo, para cuidarnos en estos momentos de contraofensiva patriarcal.

Como ha demostrado el movimiento de solidaridad con la lucha de las mujeres Kurdas; sostener una resistencia tan fuerte y tan dura, es imprescindible la solidaridad internacional.